

la
reunión
de los
felices

Cuentos, relatos y memorias



Taller UPAMI-UNRN



EDITORIAL
UNRN

La reunión de los felices

Cuentos, relatos y memorias

La reunión de los felices

Cuentos, relatos y memorias

Olga Fantoni	Mario Alonso	Ester Gay
Eva Luz García	Mabel Cremonessi	María Gonet
M.ª de las Mercedes Gomba	Amelia González	Jovita Rojo
Dionisia Martínez	Graciela Reinchenbach	Irma Rochietti
Alicia Mastrolorenzo	Nidia Boland	Norma Rodríguez
Rina Oddorizzi	Graciela Sala	Susana Echechuri
Alberto E. Olguín	Nilda Russo	Rosie Norman
Graciela Rodríguez	Norma Camarda	Julio Eyalar
Nélida Vinent	Silvia Goodbar	Pedro Garrone
Cesar César	María Luisa Corrales	Nancy Salinas
Mirta Mayorga	Eduardo de Juana	María Teresa Seeber
Lylia Maxera	Neda Fasani	Genaro Laitano



**EDITORIAL
UNRN**

La reunión de los felices. Cuentos, relatos y memorias/Eva Luz García... [et al.]. 1a ed.
Viedma: Universidad Nacional de Río Negro,
2016. 86 p.; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-3667-33-6

1. Literatura. I. García, Eva Luz
CDD A863

COORDINACIÓN EDITORIAL:

Ignacio Artola

EDICIÓN DEL TEXTO:

Natalia Barrio y Analía Pinto

DIAGRAMACIÓN, DISEÑO DE TAPA E INTERNAS:

Gastón I. Ferreyra

© Universidad Nacional de Río Negro, 2016.

WWW.EDITORIAL.UNRN.EDU.AR

DEPÓSITO LEGAL:

Queda hecho el depósito que
establece la ley 11.723



Usted es libre de: Compartir-copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra *La reunión de los felices*, bajo las condiciones siguientes:
ATRIBUCIÓN – Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciante (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra).
NO COMERCIAL – No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
SIN OBRAS DERIVADAS – No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.
Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 Argentina License.



Índice

Prólogo	9
CARINA LLOSA	
A mis alumnos	12
MÓNICA MUÑOZ	
Bienvenidos a la reunión	13
LOS ALUMNOS	
Espejismos	17
El sombrero rojo	19
Amor adolescente	21
Ligereza	25
Jamás hubiera imaginado encontrarme en una situación así	27
Mi jardín perfumado	29
Observándome	30
El ojo	31
Arroz chino	33
Ser como un junco o como roble	35
Curioso	36
Mis sillas	37
Del mismo lado	38
Huellas de ternura	40
Tiempo	41
La estación, tres versiones	42
Solidaridad tallada	44
Liberación	45
Regalo inesperado	47
Prefiero aprender	49

Para Mónica	50
Autorretrato	51
Laucha	52
Mundo de flores	53
Recuerdo juvenil.....	55
El Percha	56
Venganza	57
Mi casa.....	58
La cantante	59
La horquilla de metal	60
Miradas	61
Vocación de servicio	62
Un libro sin palabras	63
Un viaje sin retorno	64
De la oscuridad a la luz	65
Cuento absurdo	67
El visitante de la infancia.....	68
Jueves de placer.....	70
Curvas malditas.....	72
Depresión.....	73
Mirando la naturaleza	74
Hay tiempo	75
Manos	76
Incondicional	77
Las gitanas	78
Las sandalias del pescador, la isla de las tres sirenas y <i>Sobre héroes y tumbas</i>	79
Dar y recibir	80
Contrapunto de color y sonido	82
El punto final	84

Prólogo

En diciembre de 2007 se creó la Universidad Nacional de Río Negro (UNRN), mediante la ley 26 330. Una universidad que se ha ido construyendo día a día, no solo con una amplia propuesta de formación de grado y posgrado, que ha permitido que los jóvenes de nuestra provincia puedan continuar sus estudios sino, además, con diferentes líneas de trabajo en investigación, vinculación y extensión a fin de atender las problemáticas locales.

Es en el marco de la Secretaría de Extensión de la UNRN que se incorpora el programa Universidad para Adultos Mayores Integrados (UPAMI), a través de un convenio entre la universidad y PAMI. El programa genera un espacio universitario para los adultos mayores con el objetivo de promover el crecimiento personal, mejorar la calidad de vida y poner en práctica la igualdad de oportunidades.

En mi caso, como una de las docentes de inglés de UPAMI de la sede Andina, de la localidad de El Bolsón desde el año 2012, pude vivenciar el crecimiento personal de los estudiantes y su entusiasmo por la experiencia de volver a las aulas o saldar alguna cuenta pendiente de cursada en la universidad. Pude ver cómo mejoraban su calidad de vida, no solo porque al actualizar sus conocimientos sentían que podían comunicarse mejor con sus hijos y nietos (y ni hablar de los que han ayudado a turistas gracias a sus nuevos conocimientos de inglés), sino porque el grupo de estudio rápidamente se transformaba en un grupo de amigos, en una red a la cual recurrir en los buenos y malos momentos. Con los años fui viendo cómo UPAMI, además de un espacio educativo, nos proponía un espacio de encuentro social que se extendía más allá de las aulas, cómo aquellos que debían hacer un gran

esfuerzo para salir de sus hogares (habiendo hasta perdido a seres queridos) salían adelante, hacían nuevos amigos, tenían otro brillo en su mirada. Siendo testigo de todo esto es que decidí aceptar el puesto de coordinadora del programa en El Bolsón, en el año 2015.

En pleno estreno de mis funciones, Olguita (Olga Fantoni, de 85 años) me llama un Jueves Santo, por la mañana, para contarme sobre el proyecto de compilar los cuentos escritos por los alumnos de los talleres literarios realizados hasta ese momento. Olguita no solo fue mi alumna de inglés sino que ha participado en UPAMI desde sus inicios y en varios talleres, incluidos los literarios. La profesora Gabriela Seghezzi, quien estuvo a cargo del espacio durante el segundo cuatrimestre del 2014, ya había seleccionado algunos relatos y, con la ayuda de Daniela Randucci y sus estudiantes del taller de computación, se habían digitalizado varios. Había que darle un último empujón institucional. Me encantó la idea, conociendo a Olguita (y a otros autores), ¿cómo no cumplir su anhelado sueño, con todo lo que ellos me enseñaron y los lindos momentos que siempre me regalaron? Acepté, pidiéndole un texto de apertura escrito por los alumnos, que ella gestionó y me hizo llegar enseguida.

Con una edición casera, logramos la atención y el apoyo de dos personas clave para la realización de este proyecto: Verónica Eckert y Mónica Muñoz. Vero, desde el Área de Extensión de la Sede Andina, y siendo parte del equipo de UPAMI, se comprometió a gestionar la publicación a través del Área de Extensión de la UNRN. Moni, profesora de los talleres literarios de 2013 y 2014, decidió continuar con la ampliación y publicación del libro, reuniéndose con los autores para seleccionar, mejorar y digitalizar las obras; mientras los fines de semana, entre las dos, revisábamos y editábamos en busca de llegar a la ansiada versión final.

Todos los actores involucrados, que ya estábamos orgullosos y satisfechos con la primera edición casera, quedamos deslumbrados por esta posibilidad de publicación a través de la editorial de la UNRN. En mi caso, me deleité al encontrar estas historias creativas, de humor, de amor, de vida, luego de tantos años de relegar la literatura por los textos académicos. Ojalá que este libro sea disfrutado por el lector, así como nosotros disfrutamos de su proceso de creación.

Carina Llosa
El Bolsón, mayo de 2016

A mis alumnos

Llegaron a las aulas de la universidad con la fuerza arrolladora de las lluvias de invierno, le sacaron el polvo a la creatividad y la lanzaron a relucir sobre los papeles en blanco; se dejaron llevar por el encanto de las letras, las sensaciones, la música, los recuerdos; envolvieron todo con la magia de los cuentos e hicieron de cada encuentro un momento de expresión irrepetible, solo para nosotros; nos reímos hasta llorar y lloramos hasta reír; nos escuchamos, nos leímos, creamos, creímos... Sí, creímos en la magia de las palabras, en la posibilidad de crear mundos, universos, trascender y un día como hoy estar acá, donde alguien nos lee y nos disfruta.

Las primeras clases fueron realmente anecdóticas; recuerdo que Alberto iba con un papelito chiquito como una caja de fósforos, y me decía: «A mí con esto me alcanza»... ¡Y le alcanzaba! Pero ese papelito fue creciendo y cada año fue más grande, hasta que un día llegó con un cuaderno y hoy su cuento está publicado.

Creativos, despojados, sabios, desobedientes, precisos, ¡impecables e inspiradores! Gracias por regalarme su vuelo.

Mónica Muñoz

Bienvenidos a la reunión

Y UPAMI nos reunió... Impensado y, por eso mismo, más hermoso.

Un grupo de adultos mayores (casi todas mujeres) adictos a la lectura y con ganas de escribir, desde 2012, con la guía de Mónica Muñoz, a la que se sumó Gabriela Seghezzeo en 2014, escribimos, leímos lo creado, aplaudimos, nos emocionamos, corregimos, nos reímos...

Así se formó nuestra amistad y llegamos a juntarnos en confiterías los días feriados, en que la universidad estaba cerrada, y hasta en casas, para corregir lo escrito, compartiendo una taza de café y alguna cosita rica.

Este puñado de creaciones es el resultado de ese trabajo asumido con alegría por nuestro grupo de escritores caseros, felices, fecundos, satisfechos. Espero que lo disfruten.

Y como siempre, ¡gracias, UPAMI!

Olga Fantoni, Eva Luz García, María de las Mercedes Gomba, Dionisia Martínez, Alicia Mastrolorenzo, Rina Oddorizzi, Alberto E. Olguín, Graciela Rodríguez, Né-lida Vinent, Cesar César, Mirta Mayorga, Lylia Maxera, Mario Alonso, Mabel Cremonessi, Amelia González, Graciela Reinchenbach, Nidia Boland, Graciela Sala, Nilda Russo, Norma Camarda, Silvia Goodbar, María Luisa Corrales, Eduardo de Juana, Neda Fasani, Ester Gay, María Gonet, Jovita Rojo, Irma Rochietti, Norma Rodríguez, Susana Echechuri, Rosie Norman, Julio Eyalor, Pedro Garrone, Nancy Salinas, María Teresa Seeber y Genaro Laitano.

Los cuentos

Espejismos

La mujer se acercó al espejo barroco, sucio de edad, con unas partes ya sin brillo y con una rajadura que lo partía por el medio. Su cara se veía apenas, como una sombra. Por un lado, aparecía un ojo azul, por el otro, se desvanecía el segundo ojo. La nariz quedó quebrada y torcida... Y eso que en realidad tenía una nariz bien formada. Una mitad de los labios se mostró roja, la otra se veía finita, pálida y sin carne.

De golpe, un rayo de sol pegó en el espejo y la cara bifocal de la mujer desapareció en el fulgor de luz que emanaba. La dama se alejó confusa, cuestionando su imagen, mientras que contemplaba encandilada, y como si tuviera ya un solo ojo, los otros muebles en el salón de ventas.

Un hombre buen mozo se asomó por la puerta. Sin entrar, miraba alrededor como si fuera buscando algo o alguien. Después de un rato, espió a la mujer que deambulaba entre los grandes muebles al otro lado del salón. Se deslizó lentamente en sus zapatos de charol en dirección a ella. Igual que la mujer, se sentía llamado a pararse frente al espejo barroco rajado y se sorprendió al ver que tenía un solo ojo verde, el otro fue una órbita borrosa; su nariz aquilina se parecía a la de un boxeador viejo y su boca se veía desdibujada en una mueca lasciva. Profundamente shockeado al ver su propia imagen de buen hombre machacada, apresuradamente desvió la vista y con menos envión, volvió en pesquisa de la mujer.

Después de unos pocos minutos, el hombre, todavía frotando la nariz para adivinar si la forma había cambiado de verdad, se encontraba detrás de la mujer. Le tocó el hombro y ella se dio vuelta

con una sonrisa preparada en sus labios rojos, como había concurrido previamente que iba a encontrar a su amante en ese lugar. El hombre dio un paso atrás, asustado. La mujer con los labios rojos y los ojos azules ya era como el reflejo en el viejo espejo. La mujer exclamó al ver a su amante apuesto ahora con la cara rota de un boxeador tuerto.

De golpe, como iluminados, cada uno se acordó de su imagen en el espejo. Sin decir una palabra, se estableció un acuerdo mutuo y silencioso. Volvieron sobre sus pasos, navegando entre los muebles antiguos y se detuvieron los dos frente al espejo ennegrecido. Miraron al espejo. Después se miraron y sentían un fuerte impulso de besarse, el ojo azul mirando fijamente al ojo verde. En el acto, el vidrio se partió del todo y se cayó en mil pedacitos al piso. En su lugar quedó colgada una imagen cubista de dos amantes besándose cercada por el marco dorado.

Rosie Norman

El sombrero rojo

Hubo una vez un hombre con un sombrero rojo. Lucía orgulloso siempre su sombrero. No hablaba, simplemente nunca se olvidaba de ponerse su sombrero rojo al salir de la casa.

Saludaba cortésmente a la gente en general, pero nunca se dirigía hacia ellos ni levantaba su sombrero para saludar. Simplemente les dedicaba un breve gesto con la mano y proseguía su camino.

Un buen día se encontró con un paseante que llevaba un sombrero azul. Hay que ver qué mal gusto tienen algunos, pensó, y prosiguió su camino, sin apenas mirarle. El hombre del sombrero azul miró de reojo al del sombrero rojo y pensó a su vez, ya me gustaría a mí poder llevar un sombrero tan rojo y bonito como ese.

El hombre del sombrero rojo siguió caminando. A los pocos minutos, se encontró con una mujer que llevaba un sombrero blanco y bonito y ella también era muy bonita y se vio obligado a reconocerlo, pero siguió con su orgullo y no lo dijo. Como era de esperar, pensó, mi sombrero es el más hermoso y llamativo.

Estaba tan contento que siguió su camino, algo dificultoso ya que había llovido y tenía que esquivar charcos y algunas piedras que lo ponían nervioso, ya que se tambaleaba su sombrero por algunos saltos que debía dar. Por las dudas, con una mano trató de sujetarlo un poco para cuidarlo mejor, era tan reluciente...

¡Caramba!, pensó, debo programar con mejor criterio mi itinerario, mañana tomaré por la costanera que está en muy buen estado, aquí peligramos yo y mi sombrero; además todas las embarcaciones de mar adentro podrán disfrutar con el manchón rojo

y llamativo, tal vez en algún buque del viejo mundo venga algún periodista que quiera hacerme un reportaje acerca de mi atuendo.

Al día siguiente, caminaba por la costanera con su sombrero, expectante. De pronto, su sombrero voló hacia el mar. Mientras corría desesperado tras él, vio con sorpresa que una ballena que estaba cerca de la costa se lo adueñó y con un movimiento brusco se lo colocó sobre la cabeza... y ahí estaba su hermoso sombrero, haciendo equilibrio sobre el chorro de agua que despedía el cetáceo... ¡qué bochorno!

Eva Luz García, Dionisia Martínez,
Nélida Vinent, Cesar César
y Graciela Sala

Amor adolescente

Fiesta familiar en la Asociación Italiana. En un momento impreciso me encuentro con otra mirada. La de alguien ajeno al entorno conocido.

Tengo puesto un vestido verde. Y quince años.

Habitantes de un mundo aún lleno de inocencia y romanticismo. Esa mirada me perturba... no deja de buscarme mientras en mí hay un agitar de pájaros madrugadores.

Se produce un acercamiento rápido y en un hueco ajeno al resto de los asistentes (solo mi hermana es cómplice incondicional) el aire de la noche se puebla de latidos y certifican una cita.

Aún soy una niña a la cual los abuelos y tíos encuadran rígidamente dentro de horarios, obligaciones, salidas vedadas y por sobre todo la impensada posibilidad de tener un novio.

Se llamaba Guillermo y sus ojos tenían el color de los lagos cuando en ellos se reflejan los árboles que suspiran sombras.

Una tiza se agitaba nerviosamente entre mis dedos mientras él cortaba la silvestre sencillez de aquella flor que hermooseaba entre las vías del tren.

Aún en mí perdura el dibujo de su andar... la seriedad inusual en un joven de dieciocho años.

Y la mansa caricia que venía de su mano hasta mi pelo que el viento modelaba a su antojo.

En el pueblo-ciudad todavía se vive el tiempo ese en que todos nos conocemos y yo salgo, cada sábado, con el insomnio enamorado pegado en los párpados y ese latido inmenso que me lleva como en vuelo por las calles que lo traerán hasta mí.

Nos encontramos (sin gesto alguno que pueda delatar la existencia de un vínculo especial) y vamos caminando hacia la costanera para buscar nuestro banco y contarnos... perdernos en el silencio de los sentires... soñar con un mañana de dos... pero antes de llegar pasa alguien que puede hacer un comentario ante la familia y yo, sin analizarlo, sin aviso alguno, sin palabras entro rápidamente en un comercio y él sigue caminando. Solo. Como acostumbrado a esas circunstancias. Mi corazón se desploma sobre la indiferencia de un mostrador y siento la angustia de lo que ya es espera de otra semana más... salvo que haya alguna hora libre o un cambio de horario y nosotros, él y yo, podamos comunicarnos telepáticamente (no hay otro medio para hacerlo) y vernos un rato.

El amor. El amor nos ocupó con ternura indefinible. Nos traspasó con su luz. Ese amor que escondimos pero que fue tan cuidado. Y se llenó de coraje cuando fui, tomada de su mano, a conocer a esos padres comprensivos. Tan generosos en el afecto.

Tus manos temblando en mi cintura.

Matinée de las ocho de la tarde en el club del centro. Abuela con sus dos nietas en el baile del domingo. A escondidas del abuelo.

Queremos decirnos tanto... queremos mirarnos sin sentirnos enjuiciados.

Hueles a cigarrillo. A menta. Tu abrazo me protege del mundo. De la soledad. De las tristezas. Sé que en el fondo de un bolsillo estás guardando para mí. Solo para mí. Un mañana que no tenga puertas clausuradas. Horarios estrictos. Que nos permita andar por las calles corriendo tras el sol sin que nadie ponga cláusulas en nuestros sentimientos. Hay códigos que se respetan sin vueltas y la mayoría de los muchachos evitan el cabeceo (que es invitación) porque saben que te estoy esperando.

Bailamos un tango. Estoy orgullosa de ser la compañera que sigue tus giros perfectos. Tu compañera.

Ansioso galopar en todo el cuerpo. Escribiendo poemas en el aire. Diciéndote. Diciéndote.

Querías darme todo.

Lo mejor.

A mí me bastaba el aplomo de tu voz.

La pastilla de menta prelude del beso. El apoyar mi cara en la tela cálida de tu saco.

Encontrarte como un brazo abierto en medio de la tarde. Escapar, de vez en cuando, hasta la sonrisa mansa de tu madre.

Me cantabas bajito ese tango que tan bien le iba a tu pensar.

Un día hablaste de un país lejano y ciertas posibilidades. Todo lo que me decías para mí era creíble. Sincero y realizable.

Fueron solo unos pocos meses.

Mi ser cayó como un pájaro sin alas sobre largas noches. Sobre mañanas de sábados que empalidecieron como el invierno.

Volví a ser una niña triste que leía mucho y comía manzanas.

Me quedó el hábito de comprar pastillas DRF. Y caminar hasta la costanera... buscando flores entre las vías.

Volvieron los grises y la mordedura del silencio.

La vida fue gastando calendarios.

Estás aquí con tus ojos donde siguen vigentes los remansos verdes.

Han pasado, entre nosotros dos, diez años.

Volviste.

Con el amor intocado. Con todo lo que querías dar.

Con una propuesta rotunda.

Quiero decirte que sí pero no puedo.

Ya no.

Es tarde.

Hoy, domingo de otoño de 2014, recordándote... los vidrios de mi casa reproducen solitarios espejos humedecidos.

No estamos lejos.

... y llueve.

Norma Camarda

Ligereza

La gaviota y su huella casi impalpable sobre la arena húmeda. Imperceptible. Un paso de danza. Después el ascenso. El hijo en el vientre y su movimiento primero. Recibiendo sangre amorosa que a veces se hace dilatado gemido.

La poesía de Miguel Hernández. Pan y cebolla. El porqué de la muerte que no deja de doler. Pero Miguel está vivo con ligereza de nube y pasión que ninguna muerte entierra. Y la de Oliverio Girondo afirmando deslumbrado «qué delicia la de tener una mujer tan ligera»... «¡María Luisa era una verdadera pluma!».

Despojarse de la materia. Encender las luces interiores y mirarse a los ojos limpios inocentes para compartir el vuelo ala contra ala... para siempre.

Transparencia. Verdes espejados. El pájaro. La hoja. El silencio. La ligereza.

Ruta de estrellas. Pasos en la oscuridad. Un misterio rueda interpelando. De la hora se descuelga la luna negra.

La música llega desde el violín y desde el hombro que lo cobija caen lágrimas de luz.

La puerta abriéndose para su alegría de las diez de la noche. Corazón adentro la vida deslumbrada. En dos.

Ligereza. Agilidad. Presteza. Levedad.

Eso.

Levedad.

Palabras. Gestos. Haceres.

Capaces de iniciar y quedarse en vuelo cotidiano.

Casi impalpables.

Más de allá que de aquí.
Sin equipaje.
Levedad...
Como los claros ojos que cada día se duermen sobre mi almohada que no te conoce.

Norma Camarda

Jamás hubiera imaginado encontrarme en una situación así

Sentados frente a frente.

Dos hombres. Dos miradas claras.

Los ojos de Jorge tienen reminiscencias de hierbas, los de Raúl recuerdan las aguas de un río caprichoso. El mate acompaña la charla. Los conozco. Sé de las pasiones de cada uno de ellos.

De aquel a quien las lágrimas humedecen las hierbas cuando va hacia el pasado. Aquel que tiene las emociones siempre expectantes... guardadas en los cajones de su escritorio, saliendo así de fácil.

El otro, casi dueño del río, va y viene como propietario cotidiano que gusta desafiar los caprichos de la naturaleza. Y nada parece conmoverlo.

Observo y me pregunto ¿de qué hablan? ¿Qué hay en común entre la aristocrática distinción del funcionario y el desenfado irreverente del lancharo?

Suena el teléfono. El primero atiende la llamada. Hace despliegue de conocimientos... poco a poco se va transformando... Es el imprescindible motor de ese lugar que alguien gestó para el futuro... Él lo sabe absolutamente todo. Sus respuestas son irrefutables.

El segundo dirige una mirada conquistadora a la secretaria. Roza como al descuido la mano de la mujer a la cual entrega la pava y ¡ya está atento a la posible entrada de una jovencita!

Finaliza la llamada.

Las mujeres se han ido.
Jorge y Raúl vuelven al tema que siempre los convoca.
El pueblo que ambos aman por igual.

Norma Camarda

Mi jardín perfumado

Se había vestido para la ocasión, como si acudiera a una fiesta, todo en su alta figura era exultante, altanero, desafiante, lo mismo que su fría sonrisa.

Parado en el muelle frente al lago, sus grises ojos devoraban la mansedumbre del lugar.

La espera se hacía interminable. Desde la casa de la playa, yo lo observaba atenta. Después de una década de compartir nuestras vidas con muchas idas y vueltas, él me pedía el divorcio.

Hoy sería la última vez que compartiríamos un atardecer.

Decido acompañarlo. Me acerco cautelosa, mis pies no parecen tocar el piso, el viento me despeina. Mientras las lágrimas se escabullen y mojan mis mejillas.

Me siento frágil, vulnerable ante su presencia. Al verme se acerca y noto que tengo el futuro como el mismo infinito en la palma de la mano. Habla, me cuenta, las palabras como borbotones salen de su boca.

Me relata de la pasión que siente por Carmela. No, no quiero estar ahí, ¿no ve mi sufrimiento? Quiero escapar, huir, alejarme...

Miro el agua, y quiero hundirme en ella... Él sigue hablando... ya no lo escucho. Mi corazón late muy fuerte.

Le doy la espalda, vuelvo a mi mundo. Me esperan mis libros abiertos, mis poemas inconclusos. Mi jardín perfumado. Un puñado de nostalgias y mi espíritu guerrero... No estoy sola.

Neda Fasani

Observándome

Hace tiempo que no puedo comprender que soy una persona grande, lo que se llama tercera edad o adulto mayor y me recrimino a cada rato ¡no quiero serlo! No lo puedo asumir, a pesar de tener ahora más años que mi mamá, pero no lo asumo, solo me doy cuenta cuando le doy con todo al jardín y luego estoy como en una caída libre con un camión sobre mí, no sé qué lugar del cuerpo no me duele, eso me pone mal, si yo podía con todo... ¿Qué pasa ahora? Quiero seguir haciendo muchas cosas a la vez, esto, aquello, lo de allá... A la noche, me digo, dormiré como un tronco y se pasará todo, pero no es así: acostada, todo mi cuerpo me reprocha lo que hice, entonces me respondo a mí misma: no tenés veinte años, ni cuarenta, ni cincuenta, reconocé que tu cuerpito gentil pide más pausas, ¿qué apuro tenés? Y... sí tengo apuro; a no llegar, a no sé qué y me enojo conmigo misma, me reto, hasta me insulto y al final termino riéndome de mí misma, pero me sigue fastidiando cuando por algún trámite sin importancia me preguntan con la mejor onda ¿su edad, señora? Los miro con odio y omito la respuesta.

Alicia Mastrolorenzo

El ojo

Es cierto! Siempre he sido nervioso, muy nervioso, y aún estoy terriblemente nervioso. ¿Acaso piensan ustedes que estoy loquito? La enfermedad agudizó mis sentidos en vez de destruirlos o embotarlos. Y mi oído era el más agudo de todos. Oía todo lo que podía oírse en la tierra y en el cielo, también escuché muchas cosas en el infierno. Entonces, ¿cómo puedo estar loco? Escuchen. Observen con cuánta cordura, con cuánta tranquilidad les cuento mi historia.

Me es imposible decir cómo aquella idea me entró en la cabeza por primera vez; pero, una vez concebida, me acosó noche y día. Yo no perseguía ningún propósito. Ni tampoco estaba colérico. Quería mucho al viejo. Jamás me había hecho nada malo. Jamás me insultó. Su dinero no me interesaba. Me parece que fue su ojo. ¡Sí, eso fue! Tenía un ojo semejante al de un buitre... Un ojo celeste, y velado por una tela. Cada vez que lo clavaba en mí se me helaba la sangre. Y así, poco a poco, muy gradualmente, me fui decidiendo a matar al viejo y librarme de aquel ojo para siempre.

El problema que surgió era el «cómo». Luego de desechar varias formas o procedimientos, resolví, aprovechando mi facultad auditiva, recurrir a los especialistas y fui todo oídos para los consejos de las regiones infernales.

Utilicé la noche para hacerlo. En la oscuridad absoluta, sentado ante una vieja mesa de madera, invoqué a los habitantes del infierno... solo bastó un instante para tener ante mí a un ser monstruoso y si con el ojo del viejo se me helaba la sangre, con este diablo perdí hasta el aire. Creo que dejé de respirar.

El ambiente se volvió sombrío, la tierra temblaba, y el grito de una hiena enmarcó la presencia indeseable de ese ser infernal. Ya no podía retractarme, debía enfrentar la situación. Colocó sobre la mesa un libro antiguo forrado con piel de cocodrilo y allí debí firmar... ¡la venta de mi alma! Todo para hacer desaparecer ese ojo celeste, frío y endemoniado de viejo... Surgió del piso una lanza dorada y comprendí que esa era el arma que debía utilizar para deshacerme por fin del viejo y su ojo celeste.

Desperté acalorado y temblando. En mi desayuno, me dieron ganas de comer un huevo frito. Cuando lo estaba cocinando, me llamó la atención su color, algo celeste.

Olga Fantoni, Alberto E. Olguín,
Mirta Mayorga, Silvia Goodbar
y Graciela Sala

Arroz chino

Lu Thing comía todas las noches en un restaurant griego porque el dueño, Papadopulos, preparaba un arroz frito realmente bueno. Iba todas las noches y pedía «aloz flito». Claro que Lu Thing se sentía molesta porque Papadopulos al escuchar a loz frito se reía y hacía reír a todos los comensales y Lu Thing se prometió interiormente que eso no debía ocurrir nunca más y pensó que necesitaba una estrategia... ¿cuál sería?

La joven pensó varios días pero nada se le ocurría; entonces consultó al portero de su casa, quien le aconsejó pedir desde ahora «blanco diente salteado con aceite caliente». Volvió al restaurant y ordenó su pedido pero el dueño dijo «¿no te gusta más el a loz flito?» y lanzó una estridente carcajada que contagió a todos. Roja de vergüenza, la muchacha soportó las risas solo por el placer de degustar el delicioso plato que tanto le gustaba.

Pensó: «Tengo que consultar a ota persona». La esposa del portero le dijo: «¿Y por qué no llevás el pedido por escrito?». «Buena idea», dijo Lu Thing y la esposa del portero escribió en un papelito: ARROZ FRITO, pero Lu Thing no quedó muy conforme. Después de analizar las posibles reacciones del griego, regresó a su casa y buscó ansiosamente en la biblioteca heredada de sus ancestros. Pasadas varias horas ya había encontrado y preparado lo que le producía tanto regocijo: la receta más rica que su madre le preparaba en la infancia. Tomando coraje se dirigió al restaurante y con voz firme y decidida dijo:

Arroz con leche
me quiero casal

con el gliego buen mozo
de este restaurant.

Nilda Russo, María Gomba,
Julio Eyalar y Graciela Sala

Ser como un junco o como un roble

Ser como un junco balanceándose sobre el agua.
Agua transparente, refrescante, que lleva vida.
Vida que lo impregna todo, animales, plantas y humanos.
Esos humanos que como el junco resistirán ante viento y marea.
Siento que, como viento y marea, resiste por años, el roble.
El junco es la vida que cada día nos dobla.
Dobla nuestros sentidos y pasiones para luego reincorporarse
sin quebrarse.
Roble tú, junco yo, nos encontramos sin proponérselo.
Nos proponemos entonces, ahora, empezar...
Cada día la tarea de la vida.
Empezar y terminar es dejar la tarea completa.
Tarea, tarea que da sentido al vivir.
Vivir junto a la fuerza del roble y la flexibilidad del junco.

María de las Mercedes Gomba

Curioso

Juan Carlos tenía una gran debilidad: la curiosidad. Iba caminando por una callecita y vio una vieja casa vacía. Se le ocurrió observar por la gran y antigua cerradura. Mirando atentamente vio... oh... oh... bellos objetos, libros desparramados y muchos papeles. La curiosidad lo hizo entrar tropezando con cosas muy buenas. Entre un alto de papeles halló un sobre, que al abrirlo exhaló un perfume desvaído. Fue así que Juan Carlos descubrió una historia de amor. Dos seres que se amaron intensamente pero que nunca pudieron concretar su amor.

Él quedó solo, en una larga vida epistolar. Salió de ahí sintiendo que no siempre se cumplen nuestros sueños, pero que tal vez... en otra vida...

Alberto E. Olguín

Mis sillas

Tengo una imagen que sigue continuamente en mi mente y atraviesa todos los años anteriores, el pelo negro, el levantarme a la mañana, el canto del zorzal que con su monotonía me va mostrando el camino, la pava sobre el fuego. Acaricio al Doc que sigue mis movimientos, atento a todo cuanto hago, salgo, e inmediatamente se instala en la entrada de los dormitorios de Ana y Jimena, desde allí controla la escalera que lleva a ellas, ya me puedo ir tranquilo, están resguardadas.

Ha pasado tanto tiempo que todo me parece una tontería. He sabido comprender a todos los que me rodean, he comprendido que la vida tiene de todo y mucho más. ¿Conflictos? Los míos son mayúsculos. ¿Traumas? Ya han curado; he tenido de todo tipo y color y ya curaron, de nada sirve recordarlos.

Que habrá sido de mis sillas, ahora que estoy solo me quedaré pensando que será de ellas, solo sé que tendré que buscarlas junto al Nilo, me apresuro antes de que lleguen esas mujeres de turbante y se las lleven y me quede sin saber cuál ha sido finalmente su destino.

Alberto E. Olguín

Del mismo lado

Pablo había pedido un taxi.

—Es temprano para ir a ningún lado. Si te parece nos metemos en cualquier cine a hacer tiempo.

—Como quieras, el caso es que podamos estar juntos.

—Me parece muy buena tu idea, así podemos contarnos de aquellas vacaciones y viajes por trabajo que nos distanciaron todo este tiempo.

—Caminemos hacia allá donde tenemos un cine.

Fue en ese momento que, al cruzar la calle, Liliana se golpeó con un papelerero y cayó al piso, quedó en un solo grito... No supe qué hacer y en ese momento apareció una mujer que me ayudó a levantarla mientras le preguntaba ¿qué te duele? ¿te sentís bien? Liliana, aturdida, respondía ¡ay! ¡ay! y sin más nos dirigimos al hospital. Yo no conocía a esa persona, la vi muy preocupada y me llamó la atención, entonces le pregunté quién era y... ¡oh! sorpresa... Era la mamá de Liliana. ¿Cómo había llegado hasta allí? Lo raro era que Liliana no la veía, ya que en ningún momento la reconoció.

Cuando pudo hablarle, Pablo le preguntó a Liliana si se había tranquilizado al ver a su mamá y ella respondió con tristeza:

—Murió cuando yo era muy pequeña.

Pablo se quedó mudo.

—Liliana querida, está a tu lado ahora, no sé por qué yo la veo y vos no, ¿de verdad no sentís que te sostiene la cabeza? —le dijo.

—No —respondió Liliana—, no... no.

—Señora, ¿cómo es que está acá con nosotros? —le preguntó Pablo a la mamá de Liliana.

—Ella se golpeó con el papelerero cuando a ambos los atropelló la camioneta —contestó dulcemente la señora—. Los dos la estamos asistiendo porque estamos del mismo lado.

Pablo se quedó en silencio. Un silencio denso, extraño. Liliana cerró los ojos incapaz de soportar el dolor o el extravío de su mente. En un rincón, solo la madre parecía sentirse bien mientras se la veía como sumergida dentro de un enorme círculo de luz.

Eva Luz García, Alicia Mastrolorenzo,
Nilda Russo y Nélica Vinent

Huellas de ternura

Abrí la puerta y los vi, mal vestidos y con caritas de pena... dos hermanitos con frío y necesitando un poco de ayuda: ¡papel de diario para vender!

Los hago pasar y los premio con chocolate calentito... Dejan sus zapatillas mojadas frente al hogar, y me dirijo a la cocina; cuando regreso, ante el silencio que reina en el comedor, alcanzo a escuchar «señora, ¿usted es rica?». Ante mi asombro pregunto por qué y me contesta uno: «por las tacitas que hacen juego con los platitos», y yo miro de reojo los sillones gastados y les contesto: «no, ¡por Dios..! Son recuerdos de mi madre...».

Se fueron contentos y en la piedra quedaron marcadas las huellas de las zapatillitas... No las voy a limpiar, me dejaron una taza de chocolate caliente en el alma.

Graciela Sala

Tiempo

Somos prisioneros del tiempo. Lo dividimos para alargarlo. Así todos estamos corriendo, atravesamos la vida como una flecha. Hay gente que dice que no tuvo tiempo.

Corren por todas partes como poseídos por espíritus malignos. Esa locura es una enfermedad terrible, un mal que ningún médico puede curar. Afecta a muchos hombres y los hace miserables, pues dirigen sus energías y mentes hacia un mismo objetivo: hacer que el tiempo sea lo más largo posible.

El hombre usa el agua, el fuego, las tormentas, los rayos para detener el tiempo. Pone rieles de acero bajo sus pies para tener más tiempo. Y para qué sirve tanto esfuerzo...

¿Qué hace el hombre con su tiempo? Nunca pude descubrirlo. Creo que se le escapa como agua entre los dedos... no lo reconoce, no lo entiende y lo maltrata con sus costumbres bárbaras.

Queridos humanos, no debemos quejarnos del tiempo, no debemos perseguirlo, dividirlo o hacerlo más largo, no es una carga o una limitación. Hay que liberar de su locura al pobre hombre, se tiene que reencontrar con su tiempo y apartarlo de sus pequeñas máquinas redondas, pues entre el amanecer y el ocaso ¡hay más tiempo del que un hombre puede gastar! ¡Y no tomarlo a la ligera!...

Graciela Sala

La estación, tres versiones

Llega el tren... Ansiedad en los rostros, movimiento en masa buscando oportunidades, esclavos del sistema, ganado arriado por seres invisibles, preocupaciones masticadas en silencio, broncas reprimidas del no permitirse, obligados a postergar sus deseos... La estación los ampara, los ofrece... La unidad se los lleva... quedo en soledad... ¡disfruto del no pertenecer!

Las vías vacías entre piedras inertes me devuelven el reflejo del sol. El calor es insoportable... soy parte de esta escenografía, la espera del tren es agobiante, mi soledad también. El cuerpo me pesa. Por momentos inmóvil, agudizo los sentidos... ahí está, ya viene a buscarme, se agiganta y me devora, me transforma quizás en ¡un día sin vueltas! Quiero gritar y no puedo... dejo atrás un espacio, otro ocupará mi lugar...

Es una mañana a pleno sol, los rayos juegan entre las hojas de los árboles, la bandera flamea al viento y viste a la estación de fiesta. Una banda está tocando, todo es bullicio, alegría. Los chicos agitan globos de colores. De fondo, las montañas dan un marco majestuoso a la espera... La energía se siente en el aire. A lo lejos el humo señala la llegada del tren... La ansiedad se refleja en los rostros... ¡Cuánta emoción contenida! El pueblo estrena su estación y con aplausos le dan la bienvenida al progreso que es la vida misma.

Estoy en el patio subida a mi triciclo, fiel compañero de mi infancia.

Los últimos rayos de luz caen pausadamente, fijándose entre las hojas del viejo laurel... Su forma frondosa se transforma, poco

a poco, en un túnel oscuro y lleno de sombríos misterios. Lo miro extática... Su tronco añoso se eleva ofreciendo fantasías a los sentidos... De pronto, las aves que anidan en la copa se van transformando, ante mis ojos de niña, en dragones gigantes que lanzan fuego y sobrevuelan castillos perdidos, al borde de peligrosos acantilados. Los dirijo. Soy su dueña. Obedecen a mi mandato. Los domino y el miedo me domina a mí... ¡Sí! Vienen a rescatarme. Soy una princesa prisionera. Y, de pronto, interrumpe mis fantasías una voz a la distancia... Mi madre. Ya es hora de terminar los juegos.

El sol se va escondiendo y el laurel se yergue esperando la próxima cita de imaginaciones infantiles. ¡En un futuro lleno de emociones!

Graciela Sala

Solidaridad tallada

Este árbol que está en la vereda es un ejemplo de solidaridad. Claro, se los cuento. Cuando hace mucho calor nos brinda su sombra y cuando hace frío, ya sin hojas, nos deja que el sol entibie nuestro cuerpo.

Hay vida en él. Vida desorbitada que entrega sin condicionamientos. Me acerco y lo acaricio. Su corteza es rugosa, áspera, la ternura late a través de su savia. He decidido cuidarlo.

¡Es tan hermoso! Los árboles son parte de lo sagrado. Son un misterio increíble. Abrazando su contorno podemos sentirnos en sintonía con lo natural.

¡Qué pena...! ¡Por qué nos comportamos de esta forma tan salvaje...! Hemos visto el árbol cortado, vinieron unos hombres y adiós árbol. La mano del hombre a veces hace mucho daño. ¡Qué pena! Lo sentimos mucho.

María de las Mercedes Gomba

Liberación

Manuela, entristecida por los hechos de las últimas horas, no deja por eso de perder el equilibrio del atado de ropa que lleva sobre su cabeza. Envuelta en un lienzo blanquí-simo, su carga hace resaltar la negrura de su piel.

Camina por ese camino rojo de la tierra colombiana y trata de apartarse de esas imágenes que desde hace años invaden la otrora tranquila vida de la aldea. ¿Acepta o rechaza esta lucha entre vecinos? La violencia, ¿adónde conducirá?

Cansada ya de tanta humillación decide mudarse a otro lugar, donde pueda encontrar la paz y la tranquilidad que tanto necesita para sus hijos.

Al llegar a la humilde vivienda, donde los chicos están jugando en el patio de tierra, ve a su marido parado en la puerta, está triste y cabizbajo:

—¿Qué pasa? —le pregunta.

—Lo que me esperaba, me echaron del trabajo.

—¿Y ahora qué?

—Nos vamos, aquí no hay otra oportunidad.

Manuela deposita su atado en la mesa y abraza a su esposo.

—De acuerdo. Juan, aquí no tenemos nada más que hacer, creo que en San Javier, el pueblo de mis padres, tendremos más posibilidades de trabajar y vivir tranquilos.

Esa misma noche juntan unas pocas cosas, cargan a sus hijos y salen caminando hacia la parada más próxima del autobús. Esperan un par de horas y suben rumbo a San Javier. El autobús

se interna por caminos desconocidos, todos se duermen en el andar de la madrugada. A lo lejos, una luz que viene de frente lo hace detener, un grupo de guerrilleros sube, toma el colectivo de rehén y se los llevan a todos a una base de la resistencia. Al día siguiente Manuela envuelve a su pequeño hijo en un atado de ropa, se lo pone sobre la cabeza y con la excusa de ir a higienizarse se escapa, mientras piensa en cómo estará el resto de su familia.

Continuará.

Nélida Vinent, Julio Eyalar,
Mirta Mayorga y Mónica Muñoz

Regalo inesperado

Pablo caminaba por la costanera, en ese maravilloso día de sol de primavera. Iba pateando piedritas, con bronca reconcentrada pensaba...

¡Feliz cumpleaños! ¡Qué me importa!... ¡qué me representa cumplir un año más! Es un día como cualquier otro, sigo teniendo las mismas penas y las mismas preocupaciones que ayer! Si tan solo estuviera... No sé bien a quién preferiría, a mi amigo que se mudó al sur, a mis padres que ahora de viaje me prometen tantos regalos o a mi abuela que me cocinaba tan rico y me embriagaba de cuentos fantásticos en las largas tardes de invierno cuando me invitaba a dormir en su casa cada semana.

Y bueno, tendré que cambiar esta manera de pensar, empezaré por entender que cumplir años es lo más hermoso que nos sucede, ya que vamos acumulando experiencias, así como karmas, y disfrutar cada día.

Lo más importante en este momento es organizar este día. Debo agasajarme, papá y mamá de viaje, la abuelita que partió hace años y otras ausencias... pero ¡cuántos nuevos amigos encontré en el cole! Pasaré por la panadería y por primera vez voy a elegir mi torta. Después les comentaré a los chicos que hoy los espero en casa, estoy solo sin nadie que opine sobre la música o las risotadas. Creo que lo que comenzó como un mal día se puede convertir en mi primera fiesta de cumpleaños. De nuevo pienso en ella, si estuviera... todo sería distinto.

—¡Hola Pablo!... ¡que los cumplas feliz! Ya ya (canturreando.)

—¡Ana! Te acordaste... y... ¿cómo? ¿Ya estás de vuelta? ¡No lo puedo creer!

—Sí, me di cuenta de que las cosas que fui a buscar tan lejos no las encontré. Mientras luchaba con el idioma y con el trabajo comprendí que los pequeños gestos, los amigos, vos... todo lo había dejado de este lado... ¡y te vengo a encontrar el día de tu cumpleaños! ¿Podemos vernos? Tengo tanto para contarte...

—Vení, ayudame a elegir la torta, me acompañás a casa con las cosas y después vemos.

Y lo que había empezado como un día desgraciado se convirtió en algo maravilloso, el mejor cumpleaños de mi vida.

Anónimo

Prefiero aprender

Al salir al patio, con el sol bien alto, me sorprende un colibrí que se acerca al tarro que pusimos con Marta en la ventana. Está lleno de almíbar recién hecho y el muy goloso se regodea con su pico bajando y subiendo. En algunos momentos su vuelo se detiene en el aire, el sol muestra su arco iris en sus plumas. Puede ser que esta escena se repita cada día, en todo momento, pero nunca es igual. Representa cada minuto de nuestra vida, que nunca es igual a otro. Y ese es el misterio de nuestra existencia, vivir cada minuto, cada instante, como si fuera el último de nuestra vida. Y eso nos da la posibilidad de degustar esos momentos. ¿Y si nos hiciéramos semejantes a los pájaros que encuentran siempre el alimento, el hogar, y a pesar de su trabajo se escucha siempre su dulce cantar?

Julio Eyalari

Para Mónica

La profe espera a Juana. ¿Cómo será Juana? Desde ya creemos que será tan linda como su madre. Ella también está contenta con su estado, que la hace tan interesante. Su alegría es inmensa.

Claro, esperando su tercer hijo o hija, se la ve tan hermosa; nos contagia su optimismo y nos hace remontar nuestros recuerdos de cuando fuimos caminando la etapa tan linda del embarazo... y nos enternece muchísimo.

La sirena suena, madre e hija se alistan para la gran final. El pasillo luminoso las espera y al fin... ¡afuera! Ahí están las dos... llorando.

Nancy Salinas, Pedro Garrone,
María Gomba, Norma Camarda,
Silvia Goodbar y Nilda Russo

Autorretrato

Nací en una familia con cierta prosapia. Un tatarabuelo guerrero en la Guerra de la Triple Alianza, un abuelo embajador, un hermano mayor, doctor en Geología, una madre versada en Letras, Doctora Honoris Causa en la Universidad de Salamanca, hacían de mi persona un vector enfocado hacia un porvenir acorde con esos antecedentes; pero el estar encorseado no era lo mío.

Sí pude llevar esta vida errabunda, recorrer el mundo en bicicleta, conocer gente de otras culturas, amores diferentes, enamorarme, por ejemplo, de una maorí en Nueva Zelanda, a quien tuve que abandonar precipitadamente, cuando los lugareños me cantaron el *haka*. Anécdotas como esta tuve miles, hasta que finalmente recalé en el puerto de Hamburgo en 1974, aproveché el mundial de fútbol y pude ver jugar a Johan Cruyff, Beckenbauer, Müller, entre otros, desde allí regresé a mi Argentina...

Ahora vendo hamburguesas y salchichas en El Bolsón, vivo como un jipi y la familia con cierta prosapia aceptó finalmente mi destino.

Alberto E. Olguín

Laucha

Ser una laucha. ¡Qué lucha me esperaba! Cada vez era más difícil conseguir alimentos. Esto de los agroquímicos, trampas y ahuyentadores sónicos estaba atentando contra mi existencia. ¿Qué hacer? Era desesperante, pero la cuestión era la cuestión y tenía que afrontarla. Ya veríamos de qué manera continuar esta desigual lucha.

Las trampas, con atención, las podía detectar. No serían un problema. Los ahuyentadores sónicos, era redundante decirlo, se detectaban solos. También dejarían de serlo. Los agroquímicos, estos sí serían un inconveniente mayor. Las máscaras anti-gas, por ejemplo, me estaban vedadas dada mi condición de roedor. Entonces, estaré condenado a seguir buscando otra solución o perecer en el intento.

¿Cuál será el protector de las lauchas?

Alberto E. Olguín

Mundo de flores

Se trataba de injertos que hacía el nono: había conseguido una especie de mundo de flores paralelas, con plantas enanas y variedades raras, todas dedicadas secretamente a la memoria de mamá. Todo estaba maravillosamente bien. La nona se pondría contenta con esos raros injertos, pero el hombre, o sea el nono, propone y Dios dispone. El aguacero venido del cielo arrasó con todas las flores que primorosamente el nono había dispuesto para ella.

Recuerdo que don Eugenio, viejo jardinero, solía decir: «Cuando uno se dispone a trabajar la tierra para el jardín, debemos mirar si el sol tiene una marca redonda, si es así y si tiene algunos colores, quiere decir que muy pronto tendremos una tormenta de viento o lluvia».

Y sí, estaba llegando con todo el viento y una gran lluvia, que hizo que saliéramos hacia los galpones, donde encontramos refugio. Desde allí mirábamos todo el jardín, cómo iba anegándose. Eugenio dijo que no me preocupara, que toda el agua iba a escurrir porque la tierra era arenosa.

Por suerte el viento fue parando, el agua mermando poco a poco y nos animamos a salir del refugio para comprobar el desastre en el jardín. Pero para nuestra sorpresa solo estaba regado un poco de más y entre las matas floridas un verde y gordo sapo cantaba feliz y con sigilo recorría el lugar. El nono sonreía y en voz baja insultaba al sapo que aplastaba su trabajo.

Escuche, a lo lejos, que decía: «Bueno, viejita, ya sé que aceptaste mi regalo, porque vos eras tan cuidadosa. Todo lo que se te

ofrecía y pasaba por tus manos siempre estaba impecable, así que si semejante tormentón no terminó con las flores que te dedico todos los días, lo adjudico a tus hábiles y amorosas manos, desde allá, donde estás».

Alberto E. Olguín

Recuerdo juvenil

Legaba el verano y, con él, los lindos vestidos con faldas campana plato y telas transparentes, livianas, lisas o estampadas que armaban, al compás de la música, un bello jardín lleno de flores.

Teníamos mesa, para evitar el conocido cabezazo. En un bonito baile blanco, volaba una de las amigas, la que contaba cuentos verdes, teatralizándolos. Como nunca faltaba, se acercó un muchacho mayor y la invitó a bailar. Convencido que porque ella hacía reír, era fácil, la apretó y, creyendo correspondencia, un poco más. Ella, al instante, hizo un mal paso y le clavó su alto taco aguja en el empeine, pidiendo perdón por su error. El atrevido, con los ojos llenos de lágrimas por el terrible dolor, contestó: «El que se equivocó fui yo, perdóneme usted» y acompañándola a nuestra mesa, le retiró la silla y saludó. Adiós para siempre.

Olga Fantoni

El Percha

A mis 17 años, me enteré del porqué del sobrenombre de un personaje de mi infancia. En su momento, no me produjo ni miedo, ni ansiedad, solo curiosidad. Esta la provocaban las sonrisas y murmullos de las muchachas de casa y de los vecinos.

Todo comenzaba cuando, cada tanto, un señor de impecable traje marrón se paraba delante del portón del aserradero de enfrente, ansioso, como esperando. Sí, era la aparición de estas jovencitas lo que provocaba su inquietud. Ellas se avisaban por teléfono y varias venían velozmente a formar el grupo curioso.

Pasados muchos años, recordé y pregunté a la que aún vivía con nosotros, Elvira:

—¿Por qué los comentarios y tantos aspavientos, cuando venía ese señor bien vestido al que ustedes bautizaron El Percha?

—¿Por qué? Porque él nos miraba y al ratito se quitaba el sombrero colocándoselo adelante para luego, mostrándose, saludarnos con él en la mano.

La cara de mi mamá que recién se enteraba y la risa de mi hermana mayor, hicieron el resto.

Olga Fantoni

Venganza

A apoyada y sostenida por una carcomida pared abandonada mucho tiempo atrás, ella miraba por los huecos de los rotos ladrillos. Veía todos los movimientos de la odiada casa, mientras pensaba y maduraba su venganza. Tantos años perdidos de su primera juventud, creyendo a pie juntillas lo dicho por aquel hombre tan amado. Este siempre postergaba la formalización de ese amor, por motivos que ella creía valederos. Pasaron varios años, y un día, recibió el llamado que cambiaría su vida para siempre.

Un amigo telefona a su hermano mayor, a la sazón juez federal, y le cuenta de manera probatoria todo lo que ha visto. El tal novio, el eterno, vive con su mujer y dos nenas, las tres hermosas, rubias. Viven a la vuelta de su casa y los vio subir al conocido auto, abrazados todos, a los besos y riendo. ¿No era que se había separado, porque mujer e hijas, además de feas, eran malas e insoportables? El juez, solemne, reunió a todos los hermanos y decidieron que la muy morena, engañada, se fuese a París, a la casa de altos estudios para olvidar. Allá lejos, mientras se instruía con afán en Ciencias Políticas, fue germinando la plantita de la venganza, pronta a florecer cuando ella decidiese estar lista para volver.

La bala nunca salió.

Olga Fantoni

Mi casa

Mi casa está construida sobre una colina. Para entrar en ella tuve que comprar dos resortes y pegarlos en los zapatos. No tiene puerta, entro por el techo. Mi dormitorio es muy grande, rodeado de tapices, como no tengo ventanas decoro las paredes. Salto con mis resortes pegados, nadie me ve... Mi cocina es amplia. Con una varita mágica hago la comida y salto de un lado a otro. Pegué mesa, sillas, modular, cocina y heladera en lo alto para tomar las cosas del techo, ¡parezco un saltamontes...! Qué bueno es tener la casita en la colina.

María Gonet

La cantante

No la hicieron desistir días y días extenuantes de ensayo. Traspasó las puertas del club con sus mejores galas y ese aire de superioridad que poco tiempo atrás se le había hecho carne. La mayoría de los participantes ya estaban reunidos en la recepción. Grupos por aquí, por allá, charlando, riendo, esperando el momento de actuar. «¡Mirá...! Llegó la fulana, con ese vestido amarillo horrible... y esos tacos que ni se usan... ¡quién se creará que es, ni saluda... desde que le dieron la parte del solo se cree la reina del mundo! ¡Ja...! Como si fuera tan buena...». Y comentario va, comentario viene, comienza la función.

Cada uno de los coros recrea su repertorio y su estilo magistralmente. Los aplausos se multiplican en el aire. Llegó el momento culminante. Se reúnen todos en el escenario para la canción final. Resuenan los primeros acordes, suaves, plenos, creando un clima de expectativa etérea. Muy lentamente una enorme forma brillante, como un sol estival asoma entre los coreutas avanzando, los brazos extendidos en su mejor postura de *star world* con Reina de la Noche... (mozartiana)...

De pronto, su taco aguja es atrapado por un pequeño agujerito del piso y presta a desgranar la dulce melodía de días y días de ensayo solo pudo articular un deplorable resoplido al desplomarse ante la mirada detenida del público y las contenidas risas de sus compañeros.

Nidia Boland

La horquilla de metal

Quién lo diría... que con tu aspecto tan poco agradable sea posible lograr tanta maravilla. Recuerdo el día en que llegaste a mis manos y cómo en cada encuentro yo te brindaba mi calor y vos tu seguridad.

Han pasado los años y aún seguimos dependiendo la una de la otra, en esos instantes suspendidos entre tu vibración y mi conexión con los que esperan anhelantes, sonora y emocionalmente, renovar esa particular común-uniión entre público y coro.

Nidia Boland

Miradas

Nunca unos ojos me habían mirado así. Nunca había sentido así mi cuerpo vibrar a cada nota, ni mis ojos mirar más fijo algo. El violinista húngaro que daba vueltas al restaurante se había parado frente a nuestra mesa. La melodía gitana andaba de prisa, induciendo movimientos en los pies, el cuerpo acompañando el ritmo, los ojos negros brillantes del joven se fijaban en mí y mandaban mensajes calientes...

No pasó mucho antes de que se levantara y viniera hacia mí. Con una inclinación gentil de cabeza me invitó y ya estábamos los dos deslizándonos por el salón en unas zardas interminables...

Todo daba vueltas a mi alrededor y cada vez me sentía más y más en el aire. Pero de pronto recordé ¡no estaba sola!, estaba con alguien en la mesa antes de empezar a perder la razón...

Sentí sus ojos clavados en mi espalda y su presencia se hacía más fuerte, me parecía que el mundo giraba, que me estaba enamorando, que la vida sonreía, como sonreían mis quince años llenos de ilusiones y con tantos deseos de encontrar y compartir con alguien toda esa alegría y toda la frescura del primer amor. Nada me retenía frente a mis sensaciones y nada me importaba que alguien me esperaba en la mesa.

Neda Fasani, María Luisa Corrales,
Jovita Rojo, Silvia Goodbar
y Rosie Norman

Vocación de servicio

El amanecer llegó sin aviso. Miré el reloj: eran las seis de la mañana.

Buena hora para marchar a la frontera.

Sentado en la sala de espera de la estación central, encandilado por la luz del tren que partía, pensé en todo lo vivido hasta ahora; en mis éxitos y fracasos que me llevaron a esta situación extrema.

Lejos de mi familia y abocado a mi profesión, viví momentos hermosos que gratificaron mi existencia.

Soy médico y es mi pasión. Carrera elegida desde muy pequeño. Ejercí en todos los lugares que me propusieron, todos con total orgullo. Poco a poco los fui enumerando en mi memoria y en ese mismo instante, se dejó oír el pitazo que me obligó a mirar hacia el lado opuesto, y vi a la vieja locomotora diesel entrando en la estación. Esa que me llevaría, a mi avanzada edad, a un lugar inhóspito y lejano, con gente que realmente me necesita y por la cual voy a dar lo último de mí.

María Luisa Corrales

Un libro sin palabras

Todo se resume en un libro, un simple libro de imágenes, tan importante como el UPA.

Con este libro recopilé una historia, los personajes son reales y cuentan la vida de dos personas.

Dos personas que comienzan una etapa en la que crecen juntos y forman una nueva familia. El tiempo pasó, cuarenta años casi, y los personajes fueron desapareciendo, pero sus imágenes permanecen tal cual, con sus sonrisas, alegrías y sorpresas. Todos nuestros mayores nos transmiten la energía y la fuerza para seguir adelante acompañando a nuestros hijos.

Ya sobrepasamos la edad de algunos de nuestros padres y, a partir de ahora, la historia la escribimos nosotros: mi marido, mis hijos y yo.

María Luisa Corrales

Un viaje sin retorno

El día se transformó en noche.

Todo era un caos, una confusión general, no sabíamos qué hacer. El cielo se fue transformando, fue cubierto por una nube compacta y metálica; nos venían a buscar. Sus naves traían todo lo necesario para sobrevivir por mucho tiempo, hasta el infinito... tal vez.

Sabíamos que el planeta llegaba a su fin, ya estaba en los últimos alientos de vida, en el estertor, luego de una larga agonía.

Nos llevaban arreando, como ganado dormido, cansado, a donde ellos querían. Poco a poco nos fueron acomodando en los vehículos estelares adecuados para nuestro transporte, me senté junto a una ventana, pequeña, redonda, y me quedé mirando el trajín que había afuera, mis lágrimas caían y de a poco me fui quedando dormida.

Fue en ese momento que sentí el movimiento de la nave abandonando mi hogar y con un adiós mis lágrimas lentamente volvieron a asomar. Al secarme los ojos con la mano y abrirlos bien grandes, lo último que vi fue el cielo limpio y una nube blanca que, entrando por la izquierda, pasaba lentamente y se perdía.

María Luisa Corrales

De la oscuridad a la luz

Hace un frío de muerte, estoy solo, triste, como perdido en este ámbito oscuro y enorme, a nadie puedo preguntar ni nadie va a explicarme qué sucede. De repente, un ruido lejano, como de piedras que caen.

Nuevamente y por milésima o millonésima vez me pregunto: ¿quién me habrá mandado a dedicarme a la espeleología? No pude elegir la filatelia, la numismática, el remontar barriletes, no; tuve que elegir meterme en cavernas inexploradas para ver qué encuentro al final de ellas, si es que encuentro algo digno de contar, o si puedo salir para contarlo.

Siento que la oscuridad me rodea, oprimiéndome con peso inmenso, me envuelve como un manto, ¿o una mortaja? Apenas la disipa el rayo de luz tembloroso de la lámpara de mi casco, como todo deporte de valía debe hacerse solo, hablo conmigo mismo, me pregunto, me contesto, dudo, afirmo, tengo calor, frío, oigo ruidos, reales o inexistentes, me deslizo por pasajes entre las rocas que apenas dan lugar a mi cuerpo, me empapan filtraciones de agua que perforan la roca caliza, rodeo estalagmitas más gruesas que yo mismo, penden sobre mi cabeza estalactitas como otras tantas espadas de Damocles.

Al final de un oscuro y sinuoso pasadizo, desemboco en una inmensa caverna cuyo techo no alcanzo a distinguir con tan pobre y escasa iluminación, las paredes, al alumbrarlas mi lámpara, reflejan la luz como espejos relumbrantes, un río subterráneo cruza la caverna con un susurro que invita a descansar, relajarse y dormir, pero no, aún no es momento. Del otro lado de la corriente, la boca de un túnel que empieza, invita a una nueva aventura.

Acepto el reto, cruzo y me adentro en el estrecho pasaje con el agua chorreando por las paredes y formando arroyuelos a mis pies, al descender corren alegremente y parecen decirme «segui-nos, te llevaremos afuera, hacia la luz»; pienso en ellos compa-rándolos con los cantos de sirenas que prometen finales fáciles y felices. Mientras tanto, imágenes agoreras de terribles peligros pueblan mi imaginación: derrumbes inesperados que pueden aplastarme, pozos sin fondo donde puedo caer sin verlos, el más recóndito de los temores que aqueja al hombre en la oscuridad, animales monstruosos que pueden habitar las profundidades, todos esos flashes relampaguean en mi cerebro.

Pero al final, racionalmente pienso, es posible y muy probable que todos estos arroyos confluyan en un nuevo río subterráneo que corra hacia el desfiladero que se adivina sobre el borde de la elevación que cierra la cueva por ese lado y casi seguro desem-boque en una fuente que, de existir, me dará un acceso fácil a la superficie, la luz y la compañía de otros hombres.

Deberé arriesgarme a seguir avanzando para saber con certeza si al final me espera la vida o la muerte; pero, al fin, con temores, sustos y algunas satisfacciones, soy un espeleólogo y esto es lo que me hace feliz, aquí y ahora.

Eduardo E. de Juana

Cuento absurdo

Tampoco lo sé, no tiene nombre, es consecuencia de un espíritu muerto...

Vino sin ser llamada, salió del patio, sin primavera, sin reproche, caída sobre hierbas prohibidas y sombras reales.

Miro hacia el norte justo al caer la luz del ocaso, se ven muelles que suben a grandes naves tétricas, llegadas del infinito, sin ruidos, aprovechando la habilidad de los vientos, por eso mi galera se funde en tu cabeza y tus ojos desaparecen. ¡Transfórmate en no materia!

Desaparece sin furia en el olor inmundo de las bestias y consigue la magia de los colores, para hacer un equilibrio cósmico en las crestas espumosas del fuego congelado y conseguirás solo en silencio la palabra, en la oscuridad la luz, en la muerte la vida.

El reloj ya no marca, el tiempo se detiene, el halcón se suspende en el vacío... soy el telar de las tormentas, tejo sortilegios en el reino de los sueños, miren.

Tras turbulentas nubes, flotan como lúgubres velos transparentes. ¿Qué esperas, sombra? Ninguna respuesta escapa de tus entrañas... De pronto, una mano toma el candil e ilumina un jardín pequeño, sin techo ni paredes, solo piedras opacas y desnudas en un silencio sepulcral.

Entro al más allá y mil rostros me acompañan.

Silvia Goodbar

El visitante de la infancia

Todos los veranos lo veíamos llegar. A paso lento, cargando al hombro un pesado bulto que hacía de equipaje. Dejaba su bastón y esperaba nuestro recibimiento infantil.

Con cualquier excusa salíamos corriendo de la casa. Afuera, en el huequito que formaban los arbustos, estaba acomodado. Y empezaba la magia: uno tras otro deshilvanaba cuentos. Cuentos de amor y de brujas, cuentos de hadas y de bandidos. Cuentos que hacían las delicias de sus pequeños oyentes en rueda.

¿Qué comía? ¿Qué bebía? ¿Dormía? Esos misterios lo volvían aún más atractivo.

Y pasaban los días... A medida que el clima se hacía más fresco y ventoso, crecía nuestro temor.

Hasta que cualquier mañana de otoño, descubríamos el hueco vacío. Nuestro visitante veraniego se había marchado, quizá a dibujar sonrisas en rostros de otros hemisferios.

¿Qué hacer? ¿Dónde buscarlo?

—Solo esperar —decía uno.

—Mirar el cielo. ¿Vendrá de allá? —agregaba otro.

—Me muero de ganas de escucharlo otra vez... muero por ir tras él, aunque no alcance la escalera para llegar al cielo.

Y pasaban los años... Los niños de entonces, ya adolescentes, después adultos, añoramos al visitante perdido. Al no nombrarlo más, lo olvidamos.

Un día, decidido, anuncié:

—Nos vamos, vamos a vivir al sur.

En plena mudanza, llegué al bosque, con mis hijos. Los perdí en un momento. Loco de angustia los llamé. Corrí de un lado a otro...

Allí estaban, en rueda, en el hueco que formaban los maitenes, escuchando embelesados los cuentos de la infancia lejana, deshilvanados por... nuestro duende del bastón.

Silvia Goodbar

Jueves de placer

No faltés. Nuestros encuentros semanales son sagrados, me recordó Marcela, a la salida del súper. Ni falta que hacía. Yo era capaz de dejar a un chico enfermo con la niñera, con tal de no perderme un detalle de la reunión.

Es que... ¡eran tan divertidas! Mezcla de chimentos, matizados con algo de esoterismo, novedades de moda y peinados, comentarios varios. Incluyendo, por supuesto, la crítica despiadada de los maridos.

Esta vez, la sorpresa era una adivina. Moderna ella, sin traje de gitana, aseguraba que podría leer nuestros destinos una vez que saboreáramos un aromático café. Una por una, nos fuimos rindiendo ante sus aciertos, según ella escondidos en el fondo de los pocillos: cuál tenía tres hijos; cuál estaba transitando su segundo matrimonio; cuál continuaba engañando al cónyuge con la complicidad de su amiga fiel...

No sé cómo hacía. O una de nosotras le había soplado datos. De cualquier modo, lo pasamos joya.

Volví temprano. La cocinera se había tomado el día libre y había que pensar en la cena.

El bochinche me recibió unos cuantos metros antes de la puerta de calle. Lo que vi al entrar fue terrible: ocho energúmenos, incluyendo a mi media naranja a los gritos delante del nuevo y gigantesco tv led. Botellas vacías, vasos, papas fritas, maníes, sobre... ¡mi alfombra!

—¡Juega la selección! —dijo mi acalorado esposo—. ¡Y estamos ganando!

¿Estamos? Serían ellos. Yo perdía. Perdía mi casa, tomada por una horda salvaje. Perdía el silencio, la tranquilidad.

Eso sí, no tendría que hacer cena.

Me encerraría en mi cuarto, intentando concentrarme en el último *best-seller* que me prestó Laurita, cerrando de vez en cuando los ojos para desear con toda el alma... ¡no! ¿Sería demasiado soñar con la viudez colectiva? La libertad de las siguientes reuniones femeninas sin ataduras... jueves sin maridos... ¡qué felicidad!

Silvia Goodbar

Curvas malditas

Todos o casi todos los comprimidos son redondos. Especialmente, tratándose de remedios que deben tragarse enteros, sin atascarse en la garganta. En realidad son pequeños cilindros muy achatados; pero sus bases no suelen ser planas, sino ligeramente convexas.

Se supone que los laboratorios de productos medicinales cuentan con técnicos industriales que se ocupan de diseñar la forma de cada producto. Por mi parte, he tratado de investigar la razón de esa suave curvatura en ambas caras de cada pastilla, aunque sin éxito hasta la fecha. Sin embargo...

Esta mañana, como de costumbre, saqué un comprimido del blíster; y cuando lo fui a agarrar hizo que se deslizara en las yemas de los dedos; rebotó en la mesa y cayó al suelo, donde fue rodando debajo de la librería.

Tirado en el piso, con el brazo extendido bajo el mueble y los dedos tanteando a ciegas en la inútil búsqueda de aquel comprimido, me pareció escuchar la risita sarcástica del maldito ingeniero que lo proyectó.

Cesar César

Depresión

Me veo en un pozo con tierra sobre mí. Así es como me siento.
Del pozo salgo pero dentro de mí está la tierra húmeda.
Quiero sacudirme la tierra, pero vuelvo al pozo muy oscuro como mi alma.

Nilda Russo

Mirando la naturaleza

Es muy lindo tener un ventanal claro y sin recortes, y tener la suerte de vivir donde vivo.

Están las montañas que nos separan de Chile, bien nevadas. Como está saliendo el sol no son blancas, sino rosas. ¿Quién podría creer que hay montañas rosas? Más abajo se ven árboles con sus hojas bordó, son las lengas, y un poco más abajo están los pinos, algunos nevados y otros con su verde brillante. Más abajo aún, el humo de algunas viviendas, protegiéndose del frío. Un espectáculo que inunda de amor y calor el corazón. Claro, es la naturaleza viva que estalla frente a mis ojos.

Nilda Russo

Hay tiempo

Hay tiempo para todo. El de la lucha constante de fijarnos un porvenir, estar acorde con la sociedad que nos rodea. También está el tiempo de disponer de la imaginación y liberar tensiones, disfrutar cuentos con niños, jugar a las escondidas, escuchar a los mayores sus aventuras en países lejanos, compartir el silencio de los bosques, imaginar la vida que ahí palpita. El destino que a lo largo de la vida te cambia el rumbo y te lleva a lugares donde la naturaleza te muestra que no necesitás cosas materiales para una vida plena. Escuchar el rumor del arroyo de aguas cristalinas donde se refleja tu rostro surcado de arrugas, las del tiempo. Son el mapa de la vida. Nada más hace falta.

Ester Gay

Manos

Son chiquitas, perfectas, se aferran a la vida en su primer aliento. También están las que lo reciben, las que lo protegen y acarician. Las que descubren que de una semilla nace una flor. Las que se agitan en una despedida, también en un encuentro, las que delatan lo que somos.

Las que secan las lágrimas de las mejillas de la persona querida. Las que labran la tierra, construyen, salvan vidas. También las que matan y destruyen.

Es el infinito en la palma de tus manos.

Amo las mías, están cansadas, van a acompañarme hasta el final.

Ester Gay

Incondicional

Tengo pocos amigos, todos incondicionales, pero cuando me siento algo bajoneada, recorro a él, es un tipazo...

Ponete un abrigo y salgamos, me dice. Frente a un café o un té, me escucha un rato y luego me cuenta el día en que tomó la comunión. Se ahogó al tragar la hostia ya que le repetían que no se debía masticar. Lo cuenta con lujo de detalles, ya me sonrío.

Sigue con el festejo del carnaval. Desde la terraza de su casa, junto con el conocido actor Carlos Calvo, su vecino y compañero, arrojando barro a las personas. Justo acertaron con el padre de él, sin palabras. Ya casi me río. Pide otro café, ahora con porciones de milhojas.

Luego me pregunta cualquier cosa y continúa con su entrada al mar y la pérdida de un traje de baño que tenía flojo el elástico y quiso hacerse el gran nadador para impresionar a una niña y realmente lo consiguió. Ya obtuvo mi carcajada.

Comemos y salimos del brazo. Caminamos un rato y ya en casa me recuerda: «Si tenés un problema y tiene solución, no es un problema y si no tiene solución, para qué hacerse problema». Sonrío y le pregunto: ¿qué almorzamos hoy? Y la vida sigue...

Alicia Mastrolorenzo

Las gitanas

Las gitanas llegaban al pueblo en aquellos tiempos de mi niñez, en sus carromatos, llenas de algarabía, siempre alegres con sus canciones, gritando «¡Patrona, arreglo ollas, fuentones!» y todo tipo de cosas que en aquellos tiempos se arreglaban cuando se rompían.

Armaban carpas enormes y hacían fiestas muy alegres donde se reunía toda la gente del pueblo para verlas. Yo les tenía miedo, un poco por las historias contadas por los mayores, que cuando nos portábamos mal nos decían que nos llevarían las gitanas.

Me encantaba ver a las gitanas parloteando en sus dialectos y vestidas con sus vistosas ropas multicolores cual paleta de pintor. Algunas eran hermosas de tez morena, cabellos renegridos y llenos de rulos, con una postura de bailarinas flamencas. Las mayores se dedicaban a leer el futuro en las manos de quien quisiera. Aún hoy lo hacen.

Actualmente, la mayoría no vive en carpas como antes, sino en lindas casas, aunque siempre fieles a sus costumbres. Los hombres se dedican a la compraventa de automotores y las gitanas salen a la calle siempre juntas para hacer sus compras y de paso ver si pueden adivinarle el porvenir a alguien.

Ellas no descienden de ninguna nación. Son libres como el viento. Un pueblo sin fronteras. Por eso están por todos lados del mundo. Fueron muy perseguidas en otras épocas. A pesar de esto nunca perdieron la dignidad de vivir y el amor a la familia, que es la esencia de todo.

Irma Rocchietti

Las sandalias del pescador, la isla de las tres sirenas y *Sobre héroes y tumbas*

Estoy en una isla paradisíaca. Camino por la arena. Mis pies se hunden en ella. Es una delicia sentirla cual suave masaje. De pronto, veo unas huellas. Siento una dulce emoción, mi cuerpo parece flotar, mi corazón late, siento una gran alegría.

Son las huellas de las sandalias del pescador. Me pregunto: ¿será Jesús que está caminando a mi lado?

Miro el mar inmenso con sus olas como espuma que desaparecen en la playa y vuelven a surgir. A lo lejos se ve un islote lleno de verdes árboles, flores y pájaros cantarines, con sus aguas con pececitos de colores. Pienso: ¿será la isla de las tres sirenas?

Qué hermoso sería vivir en ese paraíso y olvidarse del mundo tan lleno de complejidades. Estar tranquilo, tirado al sol, teniendo un buen libro para leer. Por ejemplo, del prestigioso y humilde escritor don Ernesto Sabato, un grande de las letras que entre tantos libros nos dejó *Sobre héroes y tumbas*.

Tuvo muchos premios, pero no le dieron nunca en vida el Nobel de Literatura, tan merecido. Estoy segura: nos mira desde una estrella y siempre alumbrará el camino para que los jóvenes no dejen de leerlo. Es nuestro, es argentino. Debemos sentirnos orgullosos de tener un escritor tan sabio.

En sus escritos perdurará siempre.

Irma Rochietti

Dar y recibir

La soledad y la carencia de afectos iban tejiendo esa oscura trama por la que se escurrían sus días, cada vez más opacos y monótonos. A veces sentía que le faltaba aire porque la angustia la había acostumbrado a respirar a medias. En esos momentos, casi siempre salía a caminar para nutrirse de la belleza circundante hasta sentirla como un consuelo y llenaba sus pulmones, agradecida con cada árbol que purificaba su atmósfera. Llegó el día en que la melancolía la retuvo en la planta alta y solo accedió a mirar hacia afuera, desde el ventanal. En un primer momento, sus ojos divagan siguiendo el perfil de las montañas, a lo lejos. Luego descansan en los manchones verdes de los bosques. La alameda lleva su mirada hacia la fuente y los bancos del parque que, dispuestos estratégicamente, parecían esperarla. Ignorando ese llamado, mira la telaraña en el ángulo del balcón. Al principio lo hace distraídamente, mirando sin ver pero poco a poco se va dibujando en su conciencia la idea del paralelismo entre la telaraña y su vida, a la que a la que siente como una red que la va asfixiando. De pronto algo llama su atención, el encaje del insecto tiene cuentas de agua, gotas blancas de luz. Cierra los ojos y en sentida súplica, eleva una oración desde su abatimiento: ¿no querría Dios darle un poco de agua de sus manantiales? Solo unas gotas suyas bastarían para sentir frescura en el alma y transparencia en el corazón. Al abrir los ojos, el encaje del insecto que la inspiraba tiembla a causa de la brisa y, con la ayuda del sol, las perlas de luz se van transformando en zafiros, rubíes y diamantes. Un sentimiento cálido se apodera de ella. No es otra cosa que gratitud por

lo que ha visto. Sus ojos han sido intermediarios entre Dios y ella. Piensa en lo mal que se ha sentido antes y con algo o con mucho de vergüenza también piensa en los que no pueden ver ¡los que no pueden ver! Con una energía y determinación que no sentía desde hacía mucho tiempo va hasta la biblioteca. Mientras busca un título entre la gran variedad de tomos, se da cuenta de que su tristeza ha sido por falta de amor pero, egoístamente, solo ha considerado su falencia y no la del prójimo. En su mente surge la imagen donde ella misma de pequeña recita el catecismo: «Amar al prójimo como a ti mismo». Y aún más recuerda la oración del santo de Asís en uno de sus considerandos: «Porque es dando que uno recibe». El libro que buscaba ya está en sus manos. Se pone el abrigo y sale apresuradamente. El hogar de no videntes queda como a trescientos metros y pronto llega. Se han sentado en rueda para escucharla mejor. Y ella, que hasta hacía un rato era toda oscuridad, siente que les aclara el alma como una lámpara, que les prende la luz a los ojos de la ilusión, que les pinta de amor el corazón. Y no se explica cómo puede sentirse así, tan plena, solo por hacer lo que está haciendo y tampoco se explica cómo pudo olvidarse de que Dios nunca nos abandona y que siempre nos escucha cuando le hablamos con todo el corazón.

Nélida C. Vinent

Contrapunto de color y sonido

Un fuerte resplandor hizo que levantara la cabeza. Al principio vi una gran tajada de pálido amarillo que crecía invadiendo la bóveda celeste. Luego se alejaba, no sé si al encuentro de una franja de púrpura o si la raya de púrpura la interceptaba, limitándola y conteniéndola. Yo veía la suave franja dorada pero no podía penetrarla con la mirada, aunque intuía que en cualquier momento visualizaría su significado, su extraña naturaleza.

Tal vez necesitara hacer ciertos ajustes, como cuando miramos a través de un prismático. Quizá no lo intentaba desde el sitio correcto. Entonces probaría suerte desde otro lugar. ¿Desde dónde comenzaría? Podría hacerlo desde el ámbito del entendimiento o tal vez desde el del corazón. La fe me conseguiría lo deseado y la voluntad conquistaría el éxito, pero quería obtenerlo graciosamente, sin asperezas. Estaba pensando en recurrir a la fuente mágica de la poesía, cuando surgió, invadiendo todo esa trama sonora en la que se entrelaza mi vida. ¡La música! Hechicera y seductora, llegó desplegando la visión deseada con toda la gracia de la primavera. ¡Pero si era *La canción de primavera* de Mendelssohn! Irrumpía brotando y prodigándose por doquier, tanto que ni el horizonte la pudo contener y feliz desbordaba todo florecido. El mundo se tornó insuficiente para tanto portento, entonces se liberaron las flores de la madre tierra para ser recibidas por el padre del cielo. Hubo una comunicación de reflejos entre la infinidad de pétalos que iba amalgamando los colores hasta transformarlos en suavísimo esplendor. Es que la primavera, siempre generosa,

entre brincos de recentales, retozo de cachorros y paires desde los nidos, había hecho lugar a la inocencia del hombre. Como un himno de amor a la primera infancia, con su enorme caudal de ternura llegó Brahms en su canción de cuna.

Mas, de pronto, casi con insolencia, un hechizo se hizo guitarra y su son estaba transitando de fervor religioso, pero ¡ay! también de sangre torera. Y era *La Alhambra* ungiendo a Segovia y a su talento. Y desde la romería prodigaba el andaluz su gracia y picardía. Había ojos moros detrás de unas mantillas que a su vez festoneaban peinetones. Llegaban sonos de madrigales y de zarzuelas. Y hubo ecos de castañuelas entre el repiqueteo de la jota. Palmas exaltadas y el incentivo del ¡olé! daban marco a la chulería del flamenco. Y ocurrió que el desborde arrollador del pasodoble liberó un rojo rojísimo de roja pasión hasta los confines del infinito.

Nélida C. Vinent

El punto final

Cuando nos conocimos, ella me dijo: «Te doy el Punto Final. Es un punto muy valioso, no lo pierdas. Conservalo para usarlo en el momento oportuno. Es lo mejor que puedo darte y lo hago porque me mereces confianza. Espero que no me defraudes».

Estoy temblando con ese pequeño punto que brilla en la palma de mi mano. No puedo ignorarlo. Debo buscar el sitio perfecto donde el tiempo y los desánimos no actúen sobre él.

Es rojo, redondo, y tiene olor a naftalina; me decido y lo guardo en una cajita de plata labrada y la cierro con llave; durante la noche siento el fuerte aroma que emana, voy a ver y con sorpresa noto la tapa abierta con la caja vacía... Uy, el punto final se había escapado... no dejó rastro... solo un fuerte olor que impregnaba el aire y mi alma... Necesito ubicarlo.

Salgo como loco en medio de la noche. Después de unos cuantos kilómetros, llego al único boliche abierto del pueblo. No puedo preguntar quién vio el punto final. Necesito serenarme, tomar algo. La música me envuelve y en medio de la humareda del local, la veo. ¿Es ella? ¿Mi mente enloquecida la encuentra a cada paso?

No puede ser, mi mente me juega una mala pasada. Y allí, buscando con disimulo, lo encuentro. ¡Que pícaro! Bien escondido en un rincón. Cuando lo voy a tomar en mi mano, ¡zas! Hay un apagón. Pero al prender la luz, sigue allí. Suspiro aliviado. ¡No se me perdió!

Y ahora, cuando ha pasado tanto tiempo, recuerdo siempre el momento en que lo volví a tomar entre mis manos y sentí la

emoción de recordar su rostro y sus palabras, cuando ella me dijo que lo usara en el momento oportuno. Y es este, en el cual, luego del recuerdo y el reencuentro, pongo aquí el Punto Final.

Norma Camarda, Pedro Garrone,
Nancy Salinas, Silvia Goodbar,
Graciela Sala y Julio Eyalar

LA REUNIÓN DE LOS FELICES se compuso con las tipografías Alegreya ht Pro, Alegreya SC, Alegreya Sans, Alegreya Sans SC y Lora. Se editó en junio de 2016 en el Departamento de Publicaciones-Editorial de la Universidad Nacional de Río Negro.

Impreso con un tiraje de 150 ejemplares en los talleres de IntegralTech s. A., provincia de Buenos Aires, República Argentina.

